

Primeros esfuerzos historiográficos en defensa de las provincias y sus caudillos: la *Historia de López*, de Ramón Lassaga*

(Early historiographic efforts in defense of the provinces and their warlords: the History of López, by Ramon Lassaga)

María Gabriela Micheletti

CONICET / IDEHESI – Instituto de Historia, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario, Universidad Católica Argentina, Av. Pellegrini 3314 – 2000 Rosario, mgmicheletti@conicet.gov.ar

Resumen:

En este artículo se realiza un análisis textual y contextual de la *Historia de López* (Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1881), principal obra historiográfica del historiador santafesino Ramón Lassaga (1858-1921). En ella se hace visible un discurso histórico que tiende a exaltar al pasado provincial y a sus caudillos por su contribución a la historia argentina, en sintonía con otras obras que irían apareciendo desde diversos espacios regionales.

Interesa particularmente considerar la forma en la que Lassaga, el historiador santafesino más destacado del periodo de entresiglos (Ss. XIX-XX), se posicionó frente a los grandes relatos nacionales, a fin de determinar en qué medida fue tributario de las escuelas reconocidas, y hasta dónde entró en tensión con discursos que habían minimizado o cuestionado el rol desempeñado por las provincias en el proceso de construcción de la nación argentina.

Abstract:

In this paper we present a textual and contextual analysis of the *History of López* (Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1881), the historiographical main work of the historian of Santa Fe, Ramón Lassaga (1858-1921). It reveals a historical discourse that tends to exalt the provincial past and its warlords for their contribution to the history of Argentina, in relationship with other works that appeared from various regional areas.

We are particularly interested in considering the way that Lassaga, the most prominent historian of Santa Fe of the period of the ending of XIX century and the beginning of XX century, positioned himself in front of the big national stories. We sought to determine how much he was influenced by recognized schools, and how far he came in tension with discourses that minimized or questioned the role played by the provinces in the process of building Argentina nation.

Palabras clave:

Historiografía provincial; Caudillos; Ramón Lassaga; Estanislao López

Keywords:

Provincial Historiography; Warlords; Ramón Lassaga; Estanislao López

Introducción

En el año 1881, favorecida por un financiamiento por parte del gobierno santafesino, es publicada la *Historia de López*, de Ramón J. Lassaga (1858-1921). El autor, un joven provinciano con aspiraciones literarias y políticas, ha participado ya en una frustrada revolución liberal en 1878 en contra del gobernador Simón de Iriondo –el mismo que decidiera tiempo después darle apoyo oficial a su biografía-, época hacia la cual habría confeccionado la obra más conocida de toda su trayectoria.¹

El objetivo de este trabajo consiste en realizar un análisis textual y contextual de la *Historia de López* atendiendo a diversos niveles de reflexión: el contexto de producción, en el que se tienen en cuenta tanto el marco político y socio-cultural como aquello que hace a la formación intelectual y a los espacios de pertenencia del autor y su círculo; la influencia de epistemologías y corrientes intelectuales y los argumentos sobre el pasado; y, finalmente, la recepción del discurso provisto en la obra.

Lassaga y el círculo de la intelectualidad santafesina de entresiglos

Ramón Lassaga es un exponente representativo de la intelectualidad santafesina de entresiglos. Perteneciente a una familia sencilla pero bien caracterizada de la sociedad capitalina,² se forma en el Colegio de la Inmaculada Concepción de los jesuitas, el semillero de la elite política y cultural provincial de la época. Allí, durante sus años de estudiante, se destaca como presidente de la Academia de Literatura del Colegio. Más tarde, abogado, periodista, historiador, poeta, político, legislador y funcionario del sistema escolar y del poder judicial, Lassaga ejemplariza el modelo del intelectual no especializado de entonces, vinculado a las esferas oficiales –ya que a partir de 1886 adhiere al oficialismo galvista- y promotor de empresas culturales. Católico como la mayor parte de la elite santafesina por tradición familiar y por influencia jesuítica, su religiosidad se trasunta en su obra. También en el

* Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en las XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Bariloche, 28-31 de octubre de 2009.

² Catalina P. de Dagatti, "Vida y obra del Dr. Ramón J. Lassaga", *Revista de la Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe* 32 (1965): 136. La Advertencia que introduce la *Historia de López* está firmada por Lassaga en Santa Fe, en 1879. Ramón Lassaga, *Historia de López* (Buenos Aires: Impr. de Mayo, 1881).

conjunto de su obra se percibe un respeto por el pasado hispano que gusta de rastrear las raíces de la sociedad santafesina en la época colonial,³ y que por ello hace que las críticas al régimen del dominio español en América aparezcan veladas en comparación con las que se enuncian en las producciones de otros escritores argentinos del siglo XIX.⁴

Debe aclararse que el liberalismo es sostenido por la elite gobernante santafesina de fines del siglo XIX sobre todo en sus aspectos económicos, y que las ideas positivistas tienen poca cabida en una sociedad que –particularmente en la capital– se mantiene tradicional y apegada a las antiguas creencias. Lassaga, luego de sus coqueteos juveniles con el liberalismo, representa al modelo del político e intelectual santafesino –de la ciudad de Santa Fe–, localista, católico, conservador, vinculado a las familias de arraigo en la ciudad, guardianas de la memoria local. Con esas características, va a insertarse en un esfuerzo de erudición histórica que es llevado adelante, simultáneamente, desde diversos espacios provinciales, en el período de transición entre el siglo XIX y el siglo XX.

Los productores culturales provincianos involucrados en el esfuerzo historiográfico mencionado, se encuentran ubicados a mitad de camino entre la historia erudita y la profesionalización de la disciplina, y entre el letrado y el intelectual propiamente dicho. Comparten la voluntad de sacar a luz los sucesos de la historia de sus respectivas provincias y, a la vez que elaboran algunas crónicas, son los responsables de comenzar a articular miradas y representaciones sobre el pasado local, que aportan originales interpretaciones con respecto a los discursos provistos hasta entonces por la llamada historia nacional, construida desde la capital del país, Buenos Aires.⁵ Es en ese contexto que hay que entender la aparición de la *Historia de López* de Lassaga. La Advertencia colocada por el autor al inicio de la obra, alerta desde un principio sobre el objetivo explícito de reparación histórica que ha guiado la elaboración de este libro, alegato a favor de la figura del caudillo santafesino:

Muy poco conocido, o más bien dicho conocido

³ Bisnieto del navarro Gabriel de Lassaga, Ramón Lassaga descendía de familias tradicionales, como los Echagüe y Andía, los Troncoso y los Doldán.

⁴ Vg., Ramón Lassaga, *Tradiciones y recuerdos históricos* (Santa Fe: Fondo Editorial de la Pcia. de Santa Fe, 1992 (1895)).

⁵ Desde la aparición del *Ensayo de la historia civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán* (1816-1817, 3 tomos), de Gregorio Funes, la mayor parte de la literatura decimonónica argentina censuró duramente el período de la dominación española en América.

imperfectamente, [López] ha sido juzgado de muy distinto modo por sus contemporáneos.

Aún en nuestros días, en que debieran haber concluido los odios y rencores, han querido algunos manchar su reputación y desconocer su honradez. Esta es la razón por que nos proponemos escribir su biografía, para hacerlo conocer tal cual es en sí y que sus conciudadanos puedan juzgarlo imparcialmente.

La hora de la reparación y la justicia ha llegado ya [...].⁶

La búsqueda de reparación y justicia para personajes censurados por los textos canónicos de la tradición liberal excede a las historiografías provinciales, ya que desde fines de la década del '70 comienzan a surgir –aún en Buenos Aires- obras que buscan rescatar figuras vinculadas a la facción federal. Es dentro de ese clima que se inserta la *Historia de López* de Lassaga, la que inicia un ciclo de obras reivindicatorias de caudillos provinciales al que se incorporarán en años siguientes títulos como *El general Quiroga y la Expedición al Desierto*, de Ramón Cárcano (1882), *El general Ramírez en la historia de Entre Ríos*, de Benigno T. Martínez (1885), *Historia del general Güemes y de la provincia de Salta*, de Bernardo Frías (1902), y *Juan Facundo Quiroga. Contribución al estudio de los caudillos argentinos*, de David Peña (1906). De éstos, sólo el último alcanzará verdadera –y polémica- proyección “nacional” por el cuestionamiento que Peña realiza de la tesis sarmientina desde su cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires.

La *Historia de López* en la bisagra de dos épocas

Ramón Lassaga encuentra apoyo oficial en su defensa de la figura de López.⁷ Y este apoyo lo recibe, tanto por parte del sector que liderado por Simón de Iriondo domina la política provincial hasta principios de la década del '80, como por parte del galvismo, que bajo la tutela de José Gálvez ocupa el gobierno a partir de 1886.

Y es que precisamente la *Historia de López* aparece en un momento que marca la bisagra entre dos épocas diferenciadas de la política santafesina, la

⁶ Pablo Buchbinder, “La nación desde las provincias: las historiografías regionales argentinas entre dos centenarios”, y María Gabriela Quiñonez, “Manuel Florencio Mantilla y la historiografía decimonónica argentina. Un análisis de las relaciones entre vida política y actividad intelectual en Corrientes a fines del siglo XIX” (ponencias presentadas en las IX Jornadas Interescuelas y Departamentos de Historia, Córdoba, Argentina, Sept. 24-26, 2003).

⁷ Ramón Lassaga, (1881) op. cit., 7.

del iriondismo y la del galvismo, aunque la oposición liberal las descalifique bajo la denominación común de “oficialismo” o “situacionismo”.

Simón de Iriondo, cuya muerte en 1883 señala el declive de su facción política –el Club del Pueblo, continuación del antiguo Partido Federal-, ha sido caracterizado como el último caudillo provincial. No sorprende que a pesar de su enemistad política con el grupo liberal al que por entonces pertenece Lassaga, dé respaldo financiero a un libro que viene a exaltar el modelo del líder personalista y carismático, al que él mismo responde. Reivindicar a López es también reivindicar el ideario federal, y reivindicar un modo de hacer política, tradicional y patriarcal, como el que caracteriza a Iriondo. Es, asimismo, encontrar puntos de contacto entre dos momentos históricos en que la provincia de Santa Fe jugó un papel relevante en el orden nacional: así como López desempeñó un rol clave en el juego de alianzas interprovinciales y luchas civiles durante las décadas del '20 y del '30, también la Santa Fe de Iriondo sabe sostener una autonomía y protagonismo político que perderá tras la muerte de este líder, al caer bajo la égida del roquismo.⁸ Durante los años del iriondismo, Santa Fe tiene una actuación importante dentro de la Liga de Gobernadores, y sus Guardias Nacionales resultan decisivas a la hora de reprimir las revoluciones de 1874 y 1880 y sofocar los levantamientos de López Jordán. Además, Iriondo consigue ocupar un lugar estratégico, como ministro del Interior en el gabinete de Avellaneda. El respaldo de Iriondo a la obra de Lassaga tiene lugar, entonces, en el marco de este posicionamiento de la provincia de Santa Fe en el plano nacional, y aunque no parezca que la intervención en la política presente haya sido una de las motivaciones que guiaron al autor de la biografía de López, sí puede suponerse cierto interés del gobierno santafesino en utilizar sus interpretaciones del pasado para reafirmarse en el juego de las relaciones interprovinciales.

La realidad política santafesina, sin embargo, cambiará con la muerte de Iriondo. La reordenación de las fuerzas políticas marca la emergencia, como un desprendimiento del Club del Pueblo, de una nueva fracción política, el galvismo. Este sector pacta con el presidente Roca su acceso al gobierno en

⁸ Lassaga es el primer biógrafo santafesino de López. Con anterioridad, Pedro de Angelis había elaborado una biografía de López en 1830, a pedido de Rosas. También el poeta Olegario V. Andrade, durante su estancia en Santa Fe, había publicado un escrito sobre el caudillo en el diario *El Patriota*.

1886, en un hecho que significará el inicio de la pérdida de la autonomía provincial y del protagonismo a nivel nacional. Si bien mantiene características comunes con el iriondismo –su conservadorismo político, su catolicismo, su arraigo entre familias tradicionales de la ciudad capital- el galvismo se presenta como más “moderno”, y será el responsable de llevar adelante un significativo proceso de transformación provincial.

Con el galvismo, la construcción histórica elaborada por Ramón Lassaga en torno a la figura de López vuelve a encontrar eco en el gobierno. La ocasión está dada por la celebración del centenario del natalicio del caudillo, en noviembre de 1886.⁹ Lassaga, consagrado ya como el biógrafo de López y asimilado por entonces al galvismo, ocupa un lugar destacado en los festejos, momento en que se edita una versión resumida de su obra. El periódico galvista *Nueva Época* recoge la visión del pasado presentada por Lassaga, y deja traslucir el objetivo que guía al oficialismo al celebrar el aniversario: destacar el lugar central que ocupa Santa Fe en el concierto nacional, no ya de carácter político (como en las épocas de López y de Iriondo), sino económico, debido a la adhesión de la provincia al modelo agroexportador. La correlación queda entablada, y por la evocación del pasado, y por los logros del presente, Santa Fe reclama un mayor reconocimiento en el conjunto del país. Se ve aquí cómo en la configuración de la memoria local a través de un hecho conmemorativo, el Estado y el historiador a su servicio juegan un papel central, pretendiendo detener el tiempo y fijar un estado de cosas: la apropiación del lugar protagónico desempeñado por la Santa Fe de López para aplicarlo al presente. Escribe la pluma de Lassaga en el periódico oficialista:

Ha llegado la hora de la reparación con la era del progreso. Asistimos al período de las grandes fiestas, solemnizando los triunfos del presente representados por líneas de ferrocarriles y telégrafos, y la conmemoración de nuestras glorias pasadas al levantar monumentos que perpetuarán la memoria de los héroes.

Se disipan las sombras, y la luz del progreso que de nuestro cielo las aparta, y que a la admiración del mundo descubre al país del trigo entregado afanoso al trabajo [...], tiene también un rayo fúlgido que penetra en los cementerios y en los templos para alumbrar la tumba de nuestros benefactores.¹⁰

⁹ Alberto Pérez y Ana Galletti, “Las facciones políticas santafesinas: hegemonía y crisis del Iriondismo (1868-1886)”, en *Historia del sur santafesino. La sociedad transformada (1850-1930)*, comp. Adrián Ascolani (Rosario: Platino, 1993), y Patricia Pasquali, “Una coyuntura crítica en la historia política santafesina: la injerencia roquista”, *Res Gesta* 26 (1989).

Como se puede apreciar, la celebración también quiere significar que el galvismo, si bien inaugura una “nueva época” de progreso, no reniega del pasado glorioso sino que, por el contrario, lo contiene y perfecciona. Este significado que se le otorga a la conmemoración, bien puede encerrar el anhelo del galvismo de ser aceptado por una sociedad que hasta entonces ha sido iriondista, de modo que su progresismo no genere desconfianza entre los sectores más tradicionales de la capital santafesina.

En esta coyuntura-bisagra entre dos épocas, en la que el futuro de progreso parece distanciarse del pasado heroico pero sin renegar del mismo, la obra de Lassaga resulta funcional al galvismo, ya que le permite rastrear la contribución histórica de la provincia a la construcción de la nacionalidad y ubicar en ella los nuevos aportes de Santa Fe a la consolidación del Estado y, con ello, convalidar su proyecto de gobierno. La cristalización que se logra en los años '80 de una imagen exitosa y perdurable de Estanislao López –la del héroe local con proyección nacional, sostenedor de la autonomía provincial y de la república federal- se relaciona, entonces, con las preocupaciones del momento que logran atribuir significado al pasado, contribuyendo a determinar en ese sentido la memoria colectiva santafesina.¹¹

Estructura de la obra

A pesar de que su autor lo denomine “pequeño trabajo”, la *Historia de López* se compone de 560 páginas, de las cuales, 437 corresponden a la construcción histórica de Lassaga, 13 reproducen dos artículos breves publicados previamente sobre López –uno, de Olegario Andrade, y otro, aparecido en un editorial del diario *La Capital* de Rosario-, 102 se dedican a un apéndice documental que transcribe buena parte de las fuentes en las que se ha basado el autor, y las últimas 8 se ocupan del índice.

La parte principal, que hace a la obra de Lassaga en sí, se inicia con una Advertencia en la que el autor realiza una serie de consideraciones acerca de la Historia y del oficio del historiador y del modo en que opera la memoria, aporta una periodización y explicación sintética de la historia argentina junto a una toma de posición frente a otras interpretaciones del pasado patrio, y deja

¹¹ *Nueva Época*, Santa Fe, septiembre 24, 1886.

planteados los objetivos que persigue al elaborar su relato histórico.

A continuación se suceden veinticinco capítulos, sin título, si bien algunos traen entre paréntesis los años de que se ocupan, y además se encuentran introducidos por un breve sumario, en el que se consignan los hechos principales narrados. Por la obra, transcurre la historia de la región del Plata comprendida entre 1810 y 1838, año de la muerte de López. La composición es cronológica y lineal. La parte más densa corresponde a la narración de los acontecimientos que transcurren entre 1818 y 1820, tres años a los cuales se dedican nueve capítulos (un poco más de la tercera parte de los capítulos) y 163 páginas (casi un 40 % del total de la obra).

Entre la Historia y la memoria. La función del historiador

En la Advertencia del libro, y a propósito de explicar los motivos que han obstaculizado el conocimiento de la verdadera historia de López, Ramón Lassaga ensaya una serie de reflexiones sobre la Historia, la memoria y el rol que cabe cumplir al historiador. Así, tanto en dicha introducción, como de modo menos sistemático en otras partes de la obra, el autor va revelando cuestiones epistemológicas que hacen a su modo de concebir la Historia, a la relación entablada entre ésta, la memoria y el olvido, y al oficio del historiador –profesión no suficientemente consolidada para entonces, a la cual, sin embargo, él ya se siente pertenecer-.

De manera vehemente, afirma la subjetividad inherente al relator testigo o contemporáneo, cuyo relato se encuentra vinculado a sus propios intereses, y sostiene que la distancia temporal es necesaria para conseguir la objetividad histórica –que superlativiza bajo el término absoluto de “verdad”-. Sólo con el paso del tiempo, “experiencia” e “historia” se conjugan para dar a cada hecho su valor justo. La Historia –contrapuesta a aquellos otros relatos subjetivos e interesados, dictados por el “espíritu de partidatismo”- se caracteriza por la verdad e imparcialidad.¹²

Lassaga desconfía de las escuelas historiográficas, porque conducen a que se repitan juicios sin recabar su exactitud. Ante esta historia pseudo-

¹² Maurice Halbwachs, forjador del concepto “memoria colectiva”, es quien ha remarcado que no es ésta una manera para el pasado de ejercer su voluntad sobre el presente, sino que son las preocupaciones presentes las que determinan aquello que recordamos y cómo lo recordamos.

científica, rescata, en cambio, la memoria colectiva, y al pueblo como guardián de la memoria:

*Otros hombres siguen a estas cobardes y mezquinas personas, sin ocuparse siquiera en estudiar la vida del que infaman [...] Siguiendo de este modo, vienen a quedar nombres ilustres oscurecidos, acciones gloriosas eclipsadas y memorias queridas olvidadas quizá para siempre, si es que el pueblo no conserva como un tabernáculo sagrado, escondida en su pecho la memoria de las virtudes de aquellos por cuyo medio mil beneficios recibieron.*¹³

Del rescate de esa memoria popular se trata, precisamente, la función del historiador. Lassaga nunca contrapone historia a memoria –pero tampoco las confunde-; por el contrario, como una constante en sus escritos, reivindica la memoria colectiva y la tradición como materia prima con la que el historiador elabora su relato.¹⁴ Pero reconoce que contra la memoria conspira “la sombra del olvido” y, a veces, deben pasar muchos años hasta que la labor del historiador la pueda sacar a la luz. La Historia muestra, devela, corre el “denso velo” para hacer aparecer lo que ha sido ocultado. El olvido histórico parece ser entonces provocado voluntariamente, y se presenta como sinónimo de ocultamiento.¹⁵ En esta división maniquea de la historiografía, los “historiadores imparciales”, los que hacen la verdadera Historia, quedan enfrentados a los “enemigos” de los biografiados –en este caso, de López-, los que sólo escribieron sus relatos guiados por móviles mezquinos, convirtiendo su discurso histórico en un medio para conseguir sus propios fines. En definitiva, quienes han juzgado mal a López y a las provincias del Litoral quedan descalificados por Lassaga, quien no los considera historiadores auténticos.¹⁶ Lassaga critica el uso instrumental de la historia, sin caer en la cuenta de que su propia construcción histórica sobre López puede servir –según se ha visto- a determinados intereses políticos.

¹³ Ramón Lassaga, (1881) op. cit., 3 y 5.

¹⁴ *Ibidem.*, 4.

¹⁵ Vg., Ramón Lassaga, (1992) op. cit., 39-40.

¹⁶ Ramón Lassaga, (1881) op. cit., 4-5. Las fuertes dependencias entre historia y memoria han sido consideradas recientemente por Paul Ricoeur, quien también ha reflexionado sobre la naturaleza del olvido, en: Paul Ricoeur, *La Mémoire, l' Histoire, l' Oubli* (Paris: Seuil, 2000). La intención de verdad de la historia necesita de la certidumbre brindada por el testimonio de la memoria. El olvido tiene un carácter ambivalente, ya que por un lado es una amenaza para las posibles representaciones del pasado si borra las huellas u obliga al silencio, pero, por otro lado, es la condición de la salvaguarda de la memoria, paralizada por el exceso de recuerdo. Roger Chartier, “El pasado en el presente. Una lectura de Ricoeur”, en *El presente del pasado. Escritura de la historia, historia de lo escrito* (México: Universidad Iberoamericana, 2005).

Finalmente, en el análisis del devenir histórico, Lassaga aparece influenciado por el clima de ideas positivista y la confianza en el progreso indefinido, y así sostiene que “los pueblos marchan siempre a la consecución de un fin que entraña su felicidad. [...] tarde o temprano el poder del destino los fuerza, los empuja, los impele y corren presurosos a tomar participación en el banquete de los pueblos constituidos”.¹⁷

Fuentes, método e influencias ideológicas

Ramón Lassaga se apoya tanto en fuentes inéditas conservadas en el Archivo General de Santa Fe, en el que bucea en busca de su pretendida “verdad” ocultada, como en una amplia bibliografía. Pero además, recaba testimonios orales, rescata memorias locales poco conocidas y hasta apela al conocimiento vulgar para determinadas referencias. Según se ha indicado, para él la tradición cumple un lugar importante como fuente de conocimiento, aunque distinto del de la historia. Trabaja bajo un paradigma en el que se conjugan los postulados de una historia erudita hecha según criterios científicos y centrada en el análisis de documentos, con los de otra que se dirige al sustrato de la memoria popular y, a través de la exhumación de tradiciones, leyendas y anécdotas, busca hacer inteligible el pasado.¹⁸ Su postura historiográfica ha sido definida como liberal-romántica, influenciada por una concepción genética de la historia que tiende a buscar en el pasado los rasgos definitorios del ser nacional, y que integra los preceptos del romanticismo ingenuo, como la búsqueda de color local, con los del romanticismo crítico, preocupado por los documentos, la determinación de su autenticidad y la edición de fuentes.¹⁹

Con respecto a los autores consultados, su principal apoyatura para los primeros años del relato es Bartolomé Mitre, cuya influencia sobre Lassaga resulta indudable. A pesar de desconfiar de las escuelas historiográficas, Lassaga mismo no se ha librado del peso que la tradición historiográfica liberal mitrista ha dejado sobre su generación.²⁰ Según testimonios, fue precisamente

¹⁷ Ramón Lassaga, (1881) op. cit., 8 y 33.

¹⁸ *Ibíd.*, 151.

¹⁹ Su obra *Tradiciones y recuerdos históricos* es un claro ejemplo de ese modo de entender la historia.

²⁰ Graciela Russi, “Estanislao López a través del enfoque historiográfico de tres historiadores santafesinos”, en *Bicentenario de Estanislao López*, ed. Junta Provincial de Estudios Históricos

la lectura de la *Historia de Belgrano* la que lo motivó para realizar una biografía similar, pero centrada en la historia de su provincia y de Estanislao López.²¹ El libro de Lassaga, que en torno a la biografía de un personaje clave de la historia reconstruye una época, sigue sin duda el esquema mitrista. Además, su preocupación por respaldar con documentos sus afirmaciones tiene como claro referente metodológico a Mitre. Ahora bien, al seguir a este autor, Lassaga no demuestra ser acrítico; por el contrario, y a pesar del respeto que manifiesta hacia “el ilustre general Mitre”, señala limitaciones e, incluso, errores que ha podido advertir en la obra de éste al confrontarla con documentos que ha tenido a mano o con las declaraciones de testigos.²² En cambio, aprovecha aquellos juicios en que Mitre se ha mostrado considerado con la situación de las provincias, hablado bien de Santa Fe o cuestionado las medidas del gobierno central o el proceder del ejército porteño, para respaldar su propio discurso histórico.²³

Para la confección de su libro, Lassaga ha realizado una amplia consulta bibliográfica. Cita, entre otros, la *Historia de Rosas*, de Manuel Bilbao; las *Memorias póstumas* de José María Paz.; la *Historia Argentina*, de Luis Domínguez; *Biografía de Dorrego*, de José T. Guido; *Historia política y militar de las Repúblicas del Plata* y *Galería de celebridades*, de Antonio Díaz; y *Rosas y sus opositores*, de José Rivera Indarte. La apoyatura en la bibliografía puede resultar excesiva en ocasiones, producto tal vez de la inexperiencia del autor, que procura validar su relato por medio de frecuentes referencias a autores conocidos. Por ello, la meticulosidad en el registro de la obra de la cual se tomó tal o cual dato lleva a que, a veces, se consignen varias obras como fuentes para un mismo episodio e, inclusive, se indiquen aquellos aspectos en los cuales hay divergencia entre las mismas.

En cuanto a las memorias locales, Lassaga respalda su trabajo con las memorias inéditas de Pujol, de Juan José (sic) Andino –en realidad, de Manuel I. Díez de Andino- y de Domingo Crespo, y con los *Apuntes para la historia de Santa Fe*, de Urbano de Iriondo, modelo de crónica provincial. En estos trabajos se basa para referir hechos internos a la provincia, poco conocidos o

²¹ Según Lassaga, la obra de Mitre “en materia de historia es lo más completo e imparcial que se ha escrito hasta ahora”. Ramón Lassaga, (1881), op. cit., 52 y 91.

²² Catalina P. de Dagatti, (1965) op. cit., 136.

²³ Ramón Lassaga, (1881) op. cit., 27, 117 y 136.

desfigurados en los grandes relatos nacionales. Ante la discrepancia entre unos y otros, se decide a favor de los primeros, y existen casos en que prefiere dar crédito a lo afirmado por Pujol y Andino antes que a lo sostenido por Mitre, porque destaca el valor del “testigo ocular”.²⁴ Entre los testimonios orales, cita el del sargento mayor Evaristo Ponce y el del coronel José Agustín Fernández, cuyos dichos corrobora –de resultar posible- con los documentos, con las memorias locales y con la bibliografía.

Su método de trabajo es el de la confrontación entre las fuentes, para advertir coincidencias y discrepancias –y también deficiencias-, de las que deja cuidadosa constancia en las notas al pie. Trabaja con fuentes inéditas, muchas de las cuales da a conocer, tanto en las largas transcripciones intercaladas en el texto, como al final de la obra, en el Apéndice. Con ellas busca iluminar aquellos puntos oscuros o poco conocidos de la historia santafesina y despejar los errores y tergiversaciones que ha difundido la historiografía argentina.

El estilo

Lassaga compone en su *Historia de López* un relato épico, masculino, viril, que gira en torno a figuras militares y patriarcales. Si bien descuella el héroe máximo biografiado, el relato está plagado de “héroes”, próximos y lejanos, amigos y enemigos. El coraje, el valor militar, es reconocido a menudo, también en los adversarios de López.

Si bien se trata de una biografía, la historia de López se confunde con la historia del pueblo, y se produce un proceso de identificación entre el héroe y la comunidad que lo respalda, de modo que la obra consiste más bien en la historia del rol desempeñado por Santa Fe en las guerras civiles argentinas: “Quizá nos hayamos detenido mucho en la narración de estos sucesos y se creará que nos hemos olvidado de nuestro tema que fue únicamente la biografía del general López. Pero su historia está tan enlazada con la de Santa Fe, que nos hemos visto precisados a narrar estos sucesos”.²⁵

Característica de la época, la apelación a los ejemplos de la historia antigua y de la antigüedad clásica es constante y presupone un público conocedor de ellas que pueda apreciar bien el tenor de las comparaciones

²⁴ *Ibidem.*, 33, 43, 62, 73, 127, 133 y 141.

²⁵ *Ibidem.*, 83, 117 y 259.

entabladas. Así, por ejemplo, López es un “guerrero romano”, y sus gauchos demuestran “la bravura salvaje de los hijos de Leónidas”.²⁶

También propio de la época es el estilo solemne empleado por Lassaga, que gusta de invertir las frases verbales y anteponer los adjetivos. Utiliza asimismo el autor los opuestos y contrastes, para dar mayor efecto a su relato: “López, el caudillo sanguinario, como se le ha llamado, respondió a estos actos de crueldad curando a los heridos”.²⁷ El recurso a los efectos dramáticos y el gusto por los adjetivos revelan los rasgos románticos presentes en la prosa de este historiador-poeta.²⁸

Al componer su relato histórico, Lassaga tiende a atribuir a fuerzas de carácter sobrenatural una intervención en el devenir de los sucesos humanos. En el correr de las páginas, es usual encontrar alusiones al Ser Supremo, a la Providencia o al destino.

En algunas ocasiones, además, Lassaga intercala alusiones a su propia época.²⁹ Si bien el suyo es un texto de historia, el estudio del pasado aún no se ha logrado desprender de las motivaciones del presente para la generación de intelectuales no profesionalizados a la que pertenece.

En definitiva, el espíritu marcial domina el relato, que se limita a ser una historia de acontecimientos, de marcado carácter fáctico. Apenas se insinúan aspectos sociales, culturales o económicos, que no llegan a ser desarrollados, como la preocupación de López por promover la educación, o las dificultades planteadas al comercio por las correrías de los indígenas.

El lugar del relator y la topografía del relato

Lassaga pertenece a la ciudad de Santa Fe, y desde ella se ubica para escribir su obra. En diversas ocasiones se refiere a “esta ciudad”, dando por sentado que es desde allí que se narra la historia.

En el relato, la ciudad de Santa Fe es centro institucional, político y social, y lugar de protección y refugio. Por ello, las afrentas del ejército porteño contra la ciudad y sus habitantes, cuando ocurren, parecen más graves, más fuera de contexto que si se dan en otras partes de la provincia. La ciudad se

²⁶ *Ibíd.*, 24-25.

²⁷ *Ibíd.*, 8, 87, 112, 136, 236, 269, 288 y 384.

²⁸ *Ibíd.*, 80.

²⁹ Graciela Russi, (1986) *op. cit.*, 142.

enfrenta a los invasores porteños, y cuando éstos intentan ocuparla, quedan aislados y prisioneros en ella, ya que el pueblo les es adverso.

Por contraste, Rosario resulta hostil e insegura. La ciudad sureña, tan pujante en los años en que escribe Lassaga su libro, pero apenas una pequeña aldea para la época de López, es un lugar de paso, de guerras, de lucha con indios, donde a menudo se refugian las tropas porteñas. Aunque López la defendió con valor de los españoles, sus caudillejos entran en tratativas con el general Balcarce. Y si bien finalmente uno sólo de ellos se levantó con pocas fuerzas en favor de Buenos Aires y fue derrotado, Rosario da la impresión de ser un lugar poco fiable y de lealtades cambiantes: “Éste [Tomás Bernales] fue el único de los comprometidos con Buenos Aires que se levantó en cumplimiento de sus tratados. Los demás tomaron parte en favor del gobierno de Santa Fe, siendo Balcarce traicionado por los mismos jefes que él consideraba traidores.”³⁰ La experiencia resulta fatal para Rosario, ya que Balcarce le prende fuego, encendiendo los odios interprovinciales.

Los actores

Como para Thomas Carlyle, para Lassaga la Historia, es la historia de los “grandes hombres”. Por ello, él se ha propuesto realizar la biografía de un gran hombre, Estanislao López, que es designado como “héroe” y “héroe de los héroes”.³¹

López es considerado por Lassaga un “genio” por naturaleza, dotado de dones que desde la cuna lo prepararon para su “carrera gloriosa”. Reúne una serie de virtudes y un “único defecto”: “El localismo que demostró en algunas de sus acciones, y el demasiado celo por su gobierno”, defecto que puede sonar casi a una virtud más.³² Es que para Lassaga, López resulta siempre disculpado y justificado en sus decisiones y actos. Rara es la oportunidad en la que se hace notar algún error en sus acciones, y esto se realiza con mucha prudencia, evaluando los atenuantes o no abriendo juicio, en caso de duda o falta de pruebas. También se busca demostrar, a través de documentos, que López ha sido inocente ante determinados hechos que la historia le imputa. Sólo en alguna que otra ocasión se refiere que López tiene “miedo”, pero

³⁰ Ramón Lassaga, (1881) op. cit., 153 y 270.

³¹ *Ibidem.*, 62.

³² *Ibidem.*, 4 y 42.

debido a una desproporción manifiesta de fuerzas, situación en la que no tener miedo, sería temerario.

López, a más de ser el patriarca de la federación, es un guerrero de la independencia. Abrazó la causa de Mayo desde sus inicios y peleó a las órdenes de Belgrano en Paraguay, y el haber estado vinculado a uno de los máximos héroes argentinos sirve para legitimarlo en el relato lassaguiano. Elegido por aclamación popular, goza del “amor de sus gobernados”.³³ Pero el título más grande para López es el de haber sido el permanente promotor de la unidad nacional.

Al margen de la figura de López, puede trazarse una galería de los personajes caracterizados por Lassaga.

Así, en Artigas reivindica su lucha por la Federación, pero lo llama “caudillo prepotente” y “una de las columnas poderosas de la desorganización”.³⁴

Alvear es retratado como un genio militar, pero ambicioso, que como director sembró el terror entre las provincias.

Balcarce es presentado con un espíritu “jactancioso y ridículo”.³⁵

Dorrego, “demócrata consumado”, es de “carácter noble y caballeresco”, lleno de “generosidad” y “patriotismo”, y su genio hubiese sido capaz de lograr la unión de todos los argentinos si no hubiese sido malogrado por una injusta muerte.³⁶

Martín Rodríguez, aunque unitario, es un hombre honrado, que ha sabido captarse las simpatías de los federales gracias a sus “medidas patrióticas”.³⁷

Rivadavia es llamado “ilustre”, y considerado “el más patriota y progresista de los hombres de aquella época”, hacedor de “innovaciones” que “le han granjeado la estimación de toda la nación argentina”, si bien su nombramiento para ocupar la presidencia es juzgado un error, ya que reavivó el descontento de las provincias debido a su unitarismo.³⁸

Francisco Ramírez es un defensor de la federación y el aliado de López,

³³ *Ibidem.*, 7, 24 y 26-27.

³⁴ *Ibidem.*, 99, 102 y 266.

³⁵ *Ibidem.*, 15, 32 y 157.

³⁶ *Ibidem.*, 161 y 163.

³⁷ *Ibidem.*, 189, 321, 337 y 350.

³⁸ *Ibidem.*, 204, 258 y 301-302.

pero “sus deseos ardientes de poder y supremacía” serán los que llevarán al enfrentamiento entre ambos. “Cabeza volcanizada”, sólo podía encontrar la muerte de una manera trágica y romántica.³⁹

Juan Lavalle es valiente y de espíritu altanero, culpable al haber ordenado la ejecución de Dorrego de un terrible crimen, de un error por el que deberá purgar el resto de su vida.

La imagen de Facundo Quiroga está influenciada por Sarmiento. Los ecos y reminiscencias del *Facundo* son evidentes y se sigue su relato en el episodio de la muerte.⁴⁰

Juan Manuel de Rosas es “el maldito de los malditos”, el “Atila argentino” de “perversos instintos”. Es considerado por Lassaga “el más unitario de los unitarios revestido con el ropaje del federal republicano”. Hipócrita, ambicioso, lleno de doblez, es ridiculizado por su cobardía, y su comportamiento asemejado al de un animal: “Afilaba sus uñas para caer sobre su presa”.⁴¹

En la interpretación lassaguiana del panteón de héroes pueden advertirse algunas peculiaridades: por un lado, la impronta de su formación política en el liberalismo, que lo llevan, por ejemplo, a exaltar a Rivadavia, a calcar la imagen de Facundo de Sarmiento y a condenar a Rosas; por otro lado, cierto intento superador de las antiguas facciones federal y unitaria –ya que hay impugnados y alabados en ambos bandos-, como resultado de su esfuerzo por lograr una historia más “nacional” y, a la vez, reivindicatoria de las provincias y sus hombres.

Frente al desfile de celebridades guerreras y hombre de acción, hay actores que no aparecen o que apenas se insinúan. La forma de relato épico elegida por Lassaga deja a un lado a las mujeres, que son mencionadas escasas veces a lo largo de la obra y tan sólo en un lugar secundario, como víctimas de la guerra o de los ataques indígenas, o acompañando a sus hombres de armas. Sólo unas pocas son mencionadas por su nombre, entre ellas, tres mujeres que murieron a causa de los atropellos del ejército porteño, y Delfina, la amante de Ramírez, cuya caída del caballo en la huída resultó trágica para la suerte de su compañero.

Un grupo social cuyos integrantes no reciben tratamiento personificado,

³⁹ *Ibidem.*, 258, 274, 301 y 312.

⁴⁰ *Ibidem.*, 208, 211, 214, 226-227 y 230.

⁴¹ *Ibidem.*, 402-403 y 425.

es el de los aborígenes. Si bien aparecen a menudo en el relato, es rara la ocasión en que se mencione el nombre de un cacique o de un pueblo. Por el contrario, son designados con nombres genéricos –“indios”, “salvajes”, “bárbaros”- de carga negativa, y su comportamiento equiparado al de las fieras. López les hace la guerra, ya que –según Lassaga- “era necesario acuchillar al salvaje, humillarlo”, para poder así civilizarlo.⁴² Una vez reducidos e instalados en pueblos, los indios pueden volverse aliados y ayudar a los santafesinos en sus campañas militares. Sin embargo, en un párrafo, Lassaga intenta desprenderse de esa visión peyorativa, y con cierta lucidez reflexiona sobre el trato inhumano que ha recibido el aborígen en el pasado y en el presente:

Aún en el día en que blasonamos de libres y civilizados, progresistas y demócratas, se están llevando a cabo con los indios escenas que aterrorizan y que sin embargo no han sido condenadas [...]

Hacemos presente la conducta que en el día se observa con los indios, para contestar a aquellos que arrojan un baldón sobre el nombre de López por las persecuciones que con tanto afán como valor llevó a los desiertos del Sud y del Norte de la provincia de Santa Fe.⁴³

Así cuestiona Lassaga la reciente Conquista del Desierto, aun cuando en el fondo de la crítica se esconde el objetivo de defender a López que domina todo el relato.

La visión lassaguiana de la Historia Argentina

Lassaga toma como fecha de inicio de la Historia Argentina el 25 de Mayo de 1810, con lo que se mantiene dentro de los cánones establecidos por la historiografía liberal. En esta obra de juventud, influenciado por sus lecturas y por el liberalismo de sus primeros años, adopta una actitud más crítica hacia el período colonial que el que se reflejará en escritos posteriores.

El autor presenta una periodización básica de la historia transcurrida a partir de 1810: el primer período “tuvo por objeto darnos patria”; el segundo, “constituirla y hacernos dignos de ella”. Su libro queda comprendido dentro del primer período, en el que las palabras “patria” y “libertad” fueron prostituidas, dando lugar a la guerra civil y anarquía. Pero ya entonces, hubo hombres que trabajaron por la unión. Ese es el gran mérito del héroe de Lassaga: haber

⁴² *Ibidem.*, 185, 240, 341, 347, 358-359, 365, 377 y 420.

⁴³ *Ibidem.*, 270.

sabido superar el localismo y los intereses particulares en pro de la unidad nacional. En esa época de confusión:

Hubo hombres que hicieron consistir su ambición no en los honores, ni en el mando como otros, sino en la unión y la paz. Ellos comprendían muy bien que la patria no se limitaba en tal o cual provincia, sino que consistía en todas ellas y que no eran solamente santafesinos, entrerrianos o porteños, sino que todos debían llevar el dulce nombre de argentinos.⁴⁴

El plural utilizado es, sin embargo, un eufemismo, porque al avanzar en la lectura se descubre que quien sólo respondió cabalmente a ese modelo, fue Estanislao López. Sólo él merece la apoteosis como “patriarca de la Confederación”, según la denominación de Rivera Indarte que Lassaga retoma.

El gran debate de la época, que domina el discurso histórico de Lassaga, es la lucha entre Federalismo y Unitarismo. Desde el inicio de la Revolución de Mayo quedaron planteadas estas posturas, en torno a las figuras de Saavedra y Moreno, y fueron estos principios contrapuestos los que atizaron las guerras civiles. El autor toma partido por la Federación, que es presentada como la voluntad del pueblo, con lo que queda automáticamente convalidada. Federación es sinónimo de libertad, de independencia. Aún más, la federación viene dada por la misma naturaleza; hay una suerte de determinismo geográfico en el discurso de Lassaga: “Era la expresión de la ciudad, el alimento de las masas, el grito de la pampa; ¡quién sabe si la naturaleza física de los pueblos no influye mucho en la constitución de sus gobiernos!”.⁴⁵

El unitarismo, como contrapartida, es representante del “absolutismo colonial”, y por ello es que busca soluciones monárquicas, a fin de poner “un dique al torrente popular”.⁴⁶

Lassaga culpa a Buenos Aires como causante de la guerra fratricida, aunque aclara que la responsabilidad es de sus malos gobernantes y no del pueblo. El objetivo de centralización de esos gobiernos es el que conduce al caos y a la rebelión de las provincias.

La descalificación de Buenos Aires se refuerza por la equiparación con un grupo social despreciado, el de los indios. Estos dos males aquejan a Santa Fe a un mismo tiempo y con un mismo nivel de negatividad: “los bárbaros del

⁴⁴ *Ibidem.*, 303-304.

⁴⁵ *Ibidem.*, 6-7.

⁴⁶ *Ibidem.*, 151.

Chaco [...] talaban a su paso todo lo que encontraban, y las fuerzas directoriales [...] seguían la misma marcha de los indios”.⁴⁷

Buenos Aires, de todos modos, tiene instantes de lucidez: aquéllos en los que hombres de miras más amplias llegan al gobierno y reconocen la justicia que asiste a las provincias.

En el discurso de Lassaga destacan las provincias del Litoral. Junto a Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes “siempre han sido la vanguardia de las libertades argentinas”.⁴⁸

La defensa de estas provincias conlleva la defensa de sus “caudillos”, vocablo que Lassaga utiliza pero sin las connotaciones peyorativas de otros escritores. Critica con ironía la visión subestimadora que de los caudillos tenían los unitarios, y con orgullo santafesino reivindica las acciones en que las montoneras se impusieron a los ejércitos porteños: “La tropa de línea había sido deshecha a pesar de sus esfuerzos, por los indisciplinados montoneros, por esos hijos del aire y de la lanza que [...] sonreían de orgullo cuando creían oír el nombre de libertad”.⁴⁹ Al explicar la génesis del “caudillaje”, Lassaga encuentra su origen en los abusos cometidos por las fuerzas directoriales, ante los cuales “los pueblos necesitaban depositar su autoridad en brazos robustos que supieran defender su independencia local siempre amenazada por el espíritu absorbente de los que gobernaban a la provincia de Buenos Aires”.⁵⁰ A estos caudillos Lassaga los considera los patriarcas de la federación, respetuosos de la voluntad popular, y se cuida muy bien de diferenciarlos de los caudillejos rosistas.

Dentro de Santa Fe, Estanislao López aparece en escena en 1816, comenzando con su sublevación en Añapiré la rebelión contra el ejército de Viamonte, y sólo más tarde se presenta un capítulo con referencias biográficas previas. De esta manera, Lassaga busca posicionar desde un principio a su biografiado en el contexto de la lucha federal y destacar su rol de liderazgo. Es López quien otorga protagonismo a Santa Fe y hace que a partir de 1818 esta provincia se convierta de “agredida” en “agresora”. Lassaga destaca “la importancia política” de Santa Fe, “adquirida a fuerza de combates y de

⁴⁷ *Ibíd.*, 12-14.

⁴⁸ *Ibíd.*, 45 y 60.

⁴⁹ *Ibíd.*, 15.

⁵⁰ *Ibíd.*, 347 y 374.

sangre”, lo que hace que los gobernadores de las demás provincias reconozcan el peso de las opiniones y decisiones de López y busquen su acuerdo.⁵¹

Los enfrentamientos que se sucedan durante esos años, siempre serán en el relato de Lassaga favorables a los santafesinos. Los ejércitos y oficiales porteños son menos hábiles, se dejan sorprender, confían en exceso en sus propias fuerzas y por ello sufren grandes reveses. En cambio, López y los santafesinos suplen debilidad con astucia y habilidad, y logran alzarse con el triunfo a pesar de sus menores recursos, ya que la guerra de montoneras vuelve invencible a Santa Fe. Inclusive sus derrotas, cuando eventualmente ocurren, son minimizadas y hasta presentadas como virtuales victorias en el discurso lassaguiano. López sabe dar vuelta la situación en el campo de batalla y convertir una derrota en victoria. Además, para vencer a López, los oficiales porteños se ven obligados a recurrir a estratagemas sucias. En todas estas expresiones, Lassaga no puede evitar el dejarse llevar por su exaltada devoción por su patria chica, con lo que da génesis a una obra que es una viva expresión de localismo, a pesar de su búsqueda de objetividad histórica.

Ramón Lassaga se autojustifica por avalar el accionar de López y, aunque se declara personalmente crítico de los movimientos anárquicos, afirma que López cumple con su deber defendiendo a la provincia de ataques que habrían significado su total destrucción, según sus pesimistas hipótesis contrafactuales (las que, por otro lado, constituyen un recurso recurrente en el discurso de este autor). Al valorar el sistema federal, de todos modos, Lassaga distingue entre el principio y la práctica, y admite que los directoriales se opusieron al sistema federal porque en la práctica sembró la anarquía. En definitiva, Lassaga afirma que López busca la paz y que si va a la guerra es por deber, ya que su sentido de la responsabilidad le hace condenar la guerra civil y procurar la unión. Lassaga trata de resolver así la aparente contradicción planteada entre la historiografía liberal de la que es tributario, y que ha condenado al caudillismo, con su trabajo empírico en base a documentos, que lo llevan a descubrir en López una imagen más humana y racional que la difundida hasta entonces.

Debido a esa revisión de la historia emprendida por Lassaga, diversos

⁵¹ *Ibidem.*, 231.

hechos cuestionados por la historiografía liberal, como el motín de Arequito o la batalla de Cepeda, resultan reivindicados. De la misma manera resultan elogiados los Tratados del Pilar y de Benegas, origen, este último, de que se produjera el enfrentamiento entre López y Ramírez. Si López fue a la guerra contra su anterior aliado, no fue por traición, sino por lealtad al tratado con Buenos Aires.

La sanción de la Constitución de 1826 sólo servirá para hacer reaparecer la anarquía y desvanecer las esperanzas abrigadas por las provincias litorales acerca de la constitución del país bajo la forma federal. Estériles resultan los esfuerzos de Dorrego –que encuentran franca cooperación en López- para llevar adelante la organización de la república. La revolución de Lavalle abre el oscuro período de la dictadura rosista, condenada por la historiografía liberal a la que responde Lassaga.

El discurso reivindicativo de Lassaga hacia López busca dejar en claro que el caudillo santafesino no se parece a Rosas sino que, por el contrario, es su opuesto. Con ello, intenta cortar con las generalizaciones que, por haber sido López aliado de Rosas, los han asemejado en la imagen de barbarie. Lassaga recalca las diferencias:

[...] las miras del gobernador de Buenos Aires eran hundir la nación para levantarse omnipotente entre sus ruinas, el humilde gobernador de Santa Fe, aspiraba sólo al triunfo del sistema federal y a organizar la República por medio de un Congreso. Esto era precisamente lo que no quería el gobernador de Buenos Aires. En el sistema de Rosas, gobernar era separar, desunir; el de López era organizar y unir.⁵²

De los dos, sólo López es un federal auténtico y, mientras vive, su autoridad supone un freno a los excesos de Rosas, que se desbordarán tras la muerte del santafesino. Al narrar las honras fúnebres rendidas al héroe, el tono de Lassaga se vuelve apologético y hagiográfico y la imagen que se presenta de López frente a la muerte es la del caballero cristiano. Lassaga concluye su relato haciendo un llamamiento a perpetuar su memoria, cumpliendo con el “deber sagrado” de elevarle una estatua.

La recepción. Sus alcances y límites

⁵² *Ibidem.*, 50 y 321.

La obra de Lassaga logra posicionarse bien y rápido dentro del contexto de la historiografía provincial. El apoyo del gobierno y el lugar que se le reconoce a Lassaga en los festejos del centenario de 1886 contribuyen a ese proceso, y sirven para que Lassaga sea conocido el resto de su vida como el biógrafo de López. Su discurso sobre López se impone en su círculo, y es incorporado pronto por otros autores de la provincia.⁵³

Tanto la aparición del libro de Lassaga como la conmemoración del centenario del natalicio, pueden considerarse dos importantes hitos de un proceso que lleva a cristalizar en la memoria santafesina la representación de Estanislao López como héroe máximo del pasado provincial. El principal historiador santafesino, Manuel Cervera, poco avanza en su obra (*Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe*, 1907) con respecto a los aspectos políticos-militares de López delineados por Lassaga.⁵⁴ Y cuando en 1938 el círculo historiográfico santafesino –ya institucionalizado a partir de la constitución de la Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe en 1935 y del Instituto de Estudios Federalistas en 1938–, decide conmemorar el centenario de la muerte de López con unas Jornadas de Estudios Históricos, las construcciones historiográficas elaboradas vuelven sobre los argumentos que hacía sesenta años había trazado el primer biógrafo santafesino del caudillo. Es en honor a esta condición, que Salvador Dana Montaña –uno de los organizadores de la Jornada– propone instituir una medalla de oro con el nombre de Ramón Lassaga al mejor ensayo presentado al concurso que se convoca sobre las ideas políticas de López.⁵⁵

Sin embargo, la proyección de Lassaga es antes que nada provincial, o a lo sumo regional,⁵⁶ pero no llega a instaurar una nueva visión del caudillismo argentino y de su biografiado en el ámbito de la historiografía nacional. Cuando poco después aparece la *Historia de la República Argentina* de Vicente F.

⁵³ *Ibidem.*, 398.

⁵⁴ Vg., Pedro S. Alcácer, *Compendio de Historia Argentina* (Rosario: Olivé, 1889), T. II, 132-137, 172-174 y 182, y Eudoro y Gabriel Carrasco, *Anales de la ciudad del Rosario de Santa Fe* (Buenos Aires: Peuser, 1897), 160, 172 y 195.

⁵⁵ Hay en la obra de Cervera, de todos modos, un importante estudio sociológico del período de gobierno de López que complementa la obra de Lassaga. Graciela Russi, (1986) op. cit., 144 y 147-149.

⁵⁶ Sonia Tedeschi, “La vocación de memoria en los homenajes: ‘Justicia al mérito’”, *Anuario de la Escuela de Historia de la UNR* 20 (2004), y Mariela Coudannes Aguirre, “La historiografía santafesina y los usos del pasado en la década del treinta” (artículo presentado en las X Jornadas Interescuelas y Departamentos de Historia, Rosario, Argentina, Sept. 20-23, 2005).

López, la imagen que brinda de los caudillos y de las provincias del Litoral continúa siendo completamente negativa, e implica la crítica peyorativa de los “cronistas lugareños” que han exaltado las “heroicidades” de los montoneros.⁵⁷ Años más tarde, en el clásico libro de Rómulo Carbia en el que queda categorizada, según los historiadores de la Nueva Escuela Histórica, la producción historiográfica argentina, la *Historia de López* resulta incluida –dentro de “los conjuntos genéricos” analizados en la segunda parte y considerados géneros menores- en la denominada “crónica biográfica”. Carbia le reconoce cierto valor, aunque recalca que “ni por los quilates del héroe histórico elegido, ni por las condiciones de preparación del autor, en esa época”, puede ser comparada a la *Historia de Belgrano* que le sirvió de modelo, además de que se ciñe al “solo punto de vista de la crónica santafesina”.⁵⁸ Los ejemplares de la primera edición, de tirada reducida, se irán perdiendo en el tiempo, y recién más de un siglo después, en 1988, verá la luz una segunda y tardía reedición, financiada en Santa Fe por la Fundación Banco Bica.

Ramón Lassaga es consciente de la escasa incidencia de sus ideas en el discurso historiográfico nacional y lo admite en uno de sus escritos posteriores sobre López, datado en 1909. Treinta años después de haber elaborado su libro, Lassaga considera que su labor ha sido estéril en su esfuerzo por hacer “surgir luminosa la figura del caudillo de entre las sombras que la envuelven”, pero no pierde las esperanzas de que un día no lejano ello ocurra, “cuando autores de historia que no prejuzguen y que se sepan poner a la altura de su misión investiguen, inquieran, estudien y juzguen como deben”.⁵⁹

En todo caso, a pesar de su escasa recepción fuera de los límites santafesinos, su obra ha quedado como testimonio de los discursos historiográficos alternativos a que dio lugar el período de entresiglos, marginados por una *Historia de la Historiografía argentina* que ha puesto el acento en el peso hegemónico que entre mediados del siglo XIX y el

⁵⁷ Benigno T. Martínez, por ej., al escribir su *Historia de la provincia de Entre Ríos* (Buenos Aires: Biedma, 1900), utiliza como referencia repetidas veces al libro de Lassaga y retoma el discurso de éste de defensa de los caudillos.

⁵⁸ Vicente F. López, *Historia de la República Argentina*, T. VII (Buenos Aires: La Facultad, 1911), 409-415, y T. VIII (Buenos Aires: Imprenta de Mayo, 1888), 87.

⁵⁹ Rómulo Carbia, *Historia crítica de la historiografía argentina* (Buenos Aires: Coni, 1940), 188-189.

surgimiento de la Nueva Escuela Histórica lograron las visiones del pasado nacional construidas por las escuelas historiográficas de Bartolomé Mitre y Vicente F. López, así como en las obras difundidas desde la capital del país, y que poco se ha detenido a analizar “otras lecturas” divergentes que fueron provistas durante esa etapa desde contextos de producción provinciales.⁶⁰

⁶⁰ Archivo General de la Provincia de Santa Fe, Manuscritos de Ramón Lassaga, Carpeta 6, Legajo 7, *Ese era Estanislao López!*, 9-10.